



Miradas

1959. Cartas de Hiroshima

Articular históricamente lo pasado no significa conocerlo
“tal y como verdaderamente ha sido”.
Significa adueñarse de un recuerdo
tal y como relumbra en el instante de un peligro.

Walter Benjamin

Fue hace 60 años...

Pudo ser una mañana como cualquier otra, si es que las mañanas pueden repetirse en una imperceptible rutina cuando el mundo está en guerra. Una guerra que había cambiado a países y pueblos y que ahora, después de cinco años, parecía estar llegando a su fin. Alemania se había rendido y, aunque en el Pacífico los ejércitos de los Estados Unidos y el Japón Imperial seguían combatiendo, todo parecía decidido: doblegado militarmente, el Imperio del Sol Naciente tendría que capitular.

Pudo ser una mañana como cualquier otra de un país en guerra, pero era la mañana del 6 de agosto de 1945. Cuando las agujas del reloj marcaron, en característico ángulo, la

proximidad de las ocho horas y quince minutos, las compuertas del *Enola Gay* se abrieron. Poco después, caía la primera bomba atómica arrojada contra una población civil.

Escuadrón

El grupo responsable del bombardeo estaba compuesto por tres aviones B-29: el *Enola Gay* –comandado por Paul Tibbets– portaba la bomba de fisión de uranio, *The Great Artiste* llevaba aparatos de medida para evaluar los efectos de la explosión y el *Necessary Evil* portaba el instrumental para la observación y la documentación fotográfica. Previo a la partida de este grupo, se enviaron aviones de reconocimiento sobre tres ciudades que habían sido elegidas como posibles objetivos: Hiroshima, Kokura y Nagasaki. Debían definir, según las condiciones climáticas imperantes, dónde se arrojaría el “artefacto”. El *Straight Flush*, pilotado por Claude Eatherly, fue el avión encargado de hacer el reconocimiento meteorológico sobre Hiroshima y de señalar el punto de impacto.



Rostros

En su libro *Muerte y resurrección de Hiroshima*, el periodista Robert Jungk describe el devastador paisaje que lo rodea:

Hay páramos de arena, de piedra y de hielo. Hiroshima o, dicho más propiamente, el lugar donde había estado Hiroshima, era, a fines de agosto de 1945, un páramo de tipo nuevo, peculiar y nunca visto, un páramo atómico, creado por el Homo sapiens, bajo cuya superficie negruzca se conservaban aún los vestigios de su actividad, los míseros restos de su especie.

Paulatinamente, los sobrevivientes y las decenas de miles de seres venidos de fuera a hurgar entre los montones de escombros en busca de familiares y conocidos, se habían retirado del círculo de la muerte de la bomba a un perímetro que distaba dos, tres y aún cuatro kilómetros del punto de su máximo efecto.

Esta área siniestra y desolada, cuyo contorno formaba muchas salientes y entrantes, era ahora un lugar desierto, enclavado en el exuberante verdor del delta formado por los siete brazos del Ota, en cuyas aguas flotaban todavía, río arriba y río abajo del vaivén de las mareas, cadáveres cuales hojas caídas y, cosa curiosa, los del sexo masculino boca arriba y los del sexo femenino boca abajo.¹

La descripción de Jungk es dolorosa y parece llamar a una conciencia que difícilmente acude. Sin embargo, para Claude Eatherly, el padecimiento por el mal no estaba en las líneas y sombras que dibujan una tierra yerma surcada por muertos. A él lo conmovían otras visiones: las de los rostros de quienes padecieron los dolores provocados por una bomba cuyos efectos les eran desconocidos y que, sin tener plena conciencia, él había ayudado a liberar. Todas sus certezas se habían desintegrado; solo quedaba en pie un enorme sentimiento de responsabilidad por el sufrimiento provocado.

¹ Jungk, R. (1962). *Muerte y resurrección de Hiroshima*. Buenos Aires: Compañía General Fabril Editora, pp. 26-27.

Pero estaba solo. Para los otros, lo que se hizo debió ser hecho e, incluso, debía volver a hacerse “si fuera necesario”. Rechazó los honores que los demás aceptaron por un acto bélico que, en su perspectiva, poco tenía de heroico y mucho de vergonzoso y criminal.

Con toda esta carga, intentó regresar a la vida. Se propuso ser un ciudadano como tantos anónimos hombres y mujeres. Al principio, parecía haberlo logrado. Pero, de a poco, algunos comportamientos “extraños” comenzaron a marcar su existencia.

Es nuevamente Robert Jungk, pero esta vez en el prólogo del libro *Más allá de los límites de la conciencia*, quien nos ofrece un relato esclarecedor:

Se dice que después de la devastadora experiencia de Hiroshima, el comandante Eatherly no habló con nadie durante días enteros. Sin embargo, este hecho no fue considerado como preocupante en la base de la isla Tinian, donde los miembros de su escuadrón, que habían adquirido una dudosa notoriedad mundial, aguardaban la desmovilización. “Fatiga de batalla”, supusieron todos. Era algo que muchos hombres habían sufrido en el pasado y que, en 1943, después de 13 meses de patrullaje continuo sobre el Pacífico Sur, el mismo Eatherly ya había padecido.

En aquella ocasión, tras un tratamiento de 15 días en una clínica de Nueva York, se repuso totalmente. Después de Hiroshima, también pareció regresar con bastante rapidez a un estado mental que se consideraba “normal” entre los veteranos del Pacífico Sur dados de baja.

(...) A principios de 1953, entre una gran cantidad de otros delincuentes, un hombre fue presentado ante el tribunal de justicia por haber falsificado un cheque por un valor insignificante. El magistrado realizó algunas anotaciones personales, le hizo una o dos preguntas y sentenció:

“Nueve meses. Próximo caso”.

Eatherly apenas tuvo la oportunidad de abrir la boca. Quizá pudo haberle dicho al tribunal que había donado ese dinero a un fondo de ayuda para los hijos de Hiroshima o podría haber llamado la atención de la corte sobre su rango y récord militar. No hizo nada de eso. La maquinaria de la justicia trabaja muy rápido; el “caso” era demasiado insignificante como para atraer la atención pública.

Con la remisión de la sentencia por buen comportamiento, fue liberado. Su siguiente intento fue en Dallas, un robo, pero ¡el peculiar bandido no tomó nada! El caso fue desestimado cuando su abogado declaró que su cliente no era responsable de sus propias acciones y que había acordado que iría voluntariamente a un hospital para su tratamiento.

Luego, siguieron cuatro meses en Waco. Allí, sostuvieron que el mayor Eatherly sufría una discapacidad mental atribuible al servicio de guerra y fue dado de alta. Se le concedió una pequeña pensión de 132 dólares mensuales.²

Primera carta

Claude Eatherly se sentía autor de lo sucedido en Hiroshima. Declaró estar mejor en la cárcel que en el hospital psiquiátrico. Volvió a repetir actos “delictivos” en los que no cometía delito alguno. No creía que le correspondiese, después de la explosión atómica, la libertad. Fue internado nuevamente en el hospital psiquiátrico de Waco, donde, en 1959, recibió la primera carta del filósofo Günther Anders:

3 de junio de 1959

Estimado señor Eatherly:

El autor de las presentes líneas es para usted un desconocido; pero usted, en cambio, no resulta un desconocido para mis amigos ni para mí. Ya estemos en Nueva York, Viena o Tokio, siempre seguimos con gran inquietud sus intentos de controlar y superar su desgraciada situación. No por mera curiosidad ni por ningún tipo de interés médico o psicológico en el «historial de su caso». No somos médicos ni psicólogos. Lo seguimos porque, presos de una enorme consternación, nos hemos impuesto como tarea cotidiana

² Anders, G. (1962). *Burning Conscience*. Nueva York: Monthly Review Press, pp. 16-18. Edición en español: (2003). *Más allá de los límites de la conciencia*. Barcelona: Paidós.

el deber de dilucidar los problemas morales que oscurecen el horizonte actual de la Humanidad.

Me refiero a la «tecnificación» de nuestro ser: el hecho de que hoy en día podemos ser utilizados, de forma subrepticia e indirecta —como piezas de una gran máquina—, para acciones cuyos efectos se escapan a nuestra vista e imaginación, pero que, si fuéramos capaces de figurarnos, nunca podríamos aprobar; este hecho ha alterado los más profundos pilares de nuestra existencia moral.

Así, podemos convertirnos en «inocentes culpables», una condición que nunca había existido en los tiempos técnicamente menos avanzados de nuestros padres.

Supongo que ya empieza a entender qué tiene que ver esto con usted. Después de todo, es uno de los primeros en haber sufrido este nuevo tipo de culpabilidad que cada uno de nosotros puede padecer en un momento u otro. Lo que mañana mismo puede ocurrirnos a cualquiera es, de hecho, lo que ya le ha ocurrido a usted. Usted desempeña, por lo tanto, un trascendental papel de cabeza visible, incluso de pionero. Y, muy probablemente, esto no le agrade nada, pues es lógico que quiera recuperar la paz y que considere que su vida es asunto suyo. Pero aunque le aseguramos que detestamos la indiscreción tanto como usted y le adelantamos nuestras disculpas, en este caso me temo que la indiscreción resulta desafortunadamente inevitable, incluso necesaria. Desde que el azar (o como queramos llamar al hecho indiscutible) quiso convertir al individuo particular Claude Eatherly en un símbolo del futuro, su vida ha pasado a ser también asunto nuestro. Por supuesto, no es culpa suya que, entre todos los millones de seres humanos, le haya caído a usted la condena de convertirse en un símbolo; pero las cosas son como son.

No obstante, no crea que es el único que sufre esta condena, pues todos nosotros vivimos una época en la que podemos acabar derivando hacia dicha culpabilidad, época que no hemos elegido, como usted tampoco eligió su trágico papel. En este sentido, todos nos hallamos en el mismo barco, somos hijos de una sola y misma familia. Y es este destino común lo que ha determinado nuestra actitud hacia usted: cuando pensamos en sus sufrimientos, lo hacemos como hermanos; como si fuera usted un hermano que ha tenido la desgracia de tener que hacer lo que cada uno de nosotros puede verse obligado a hacer mañana mismo; como hermanos que esperamos poder

evitar semejante calamidad, de la misma manera que usted desearía, terriblemente, vanamente, haber podido evitarla. Pero en su momento no le fue posible. La máquina funcionó impecablemente y usted era muy joven e inexperto. Así que lo hizo. Y como lo hizo, nosotros podemos aprender de usted y solo de usted en qué nos hubiéramos convertido de haber estado en su lugar, en qué podemos convertirnos. Como puede constatar, usted resulta, pues, terriblemente importante para nosotros, incluso indispensable. Por así decirlo, es nuestro maestro (...).³

Eatherly accedió a ser ese maestro intercambiando relatos, consideraciones y juicios acerca de su experiencia con ese hombre que lo estaba rescatando del abismo. Más tarde, y tal como le prometiese Anders, sus misivas fueron recopiladas en un libro, hecho que fue, para Eatherly, vindicatorio.

Maestros

El piloto “loco” de Hiroshima fue, durante mucho tiempo, un maestro ignorado o simplemente desconocido, como muchos buenos maestros.

En un trabajo como el de los arqueólogos, que desentierran recuerdos que el tiempo parece haber condenado al olvido, las cartas que intercambiaron Claude Eatherly y Günther Anders nos abren un camino para transitar y pensar sobre la “tecnificación de nuestro ser”, hecho que nos resulta difícil de percibir, pero que se ha acelerado en las últimas décadas.

³ *Ibidem*, p. 1. N. del A.: en el libro no aparece la palabra “maestro”, sino “*predecessor*”. En este contexto, la no-literalidad de la traducción pretende ser más precisa con relación al significado del texto.

Num. 01, – ISSN 2683-7129 (en línea)



Scholé (2019). 1959. Cartas de Hiroshima. *Edición N.º 01*. Para el Instituto Superior de Estudios Pedagógicos, Ministerio de Educación de la Provincia de Córdoba.

ISSN: 2683-7129

Este material está bajo una licencia Creative Commons ([CC BY-NC 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/))

